

TRES POEMAS

Me refiero a ti como a dos fieras, porque una herida son dos fieras. Hay que estar muy herido para referirse, muy herido de lenguaje. Me refiero al Cañón del Colorado. Me refiero a un abismo desnudo que Cristo viste, en la aurora lo veo en su cresta. Me refiero a la nada, al punto opuesto donde está Cristo. Escribir es desnudarse, escribir es vestirse. Pero el vértigo no viste, viste el rojo, el pájaro de sangre, el gorjeo del pájaro de sangre en Inglaterra: pío, pío. La que te cubre no cobra por vestirse. Ella, la doncella leve que sobre ti se deposita, esposa del esposo, gemela del gemido. Por último, sin miedo, me refiero a mí.

Poca cosa en el mundo con utilidad todavía: la luna, María. Una sobre otra con su luz vacía, el cuarto menguante cada vez con menos cosas, los muslos menguantes cada vez con menos manos, el óvalo del rostro que rueda por la sombra. "Espérame un año y verás: será distinto por la estrella el destino". Luna de estío, estilo de brillar barroco, el hueco de la noche se hace día, dices. Pero lo que no dices y tal vez deberías es que no hay talismán que frene el maleficio de no estar contigo, aquí en la maleza de sonidos voló el ave que consuela.

Luz antes de la luz, algo claro de alba fresca, luz que baña el pino y no cesa de secar la herida abierta: lo que te llevó del no decir a decirlo directamente fue el instinto animal, el caballo muerto en las afueras de Milán. El caballo del decir y el caballo del no, el caballo caballo, sin poder evitarlo, la escasez de un adjetivo para él, escúchame. Ahora échame si faltó a mi palabra de caballo, si me fugó por la garganta del pájaro. Cantar ¿qué es cantar? El caballo arde al costado de la música, el silencio también arde. Bajó la tarde en San Jerónimo. La verdad, virgen de palabras al margen del verso, no confiesa.